

Más allá de los dólares: cómo la política migratoria, los impuestos y el tipo de cambio están erosionando las remesas y el ingreso real de millones en México

Según cifras difundidas por la autoridad monetaria de México, durante el mes de octubre entraron al territorio nacional 5.635 millones de dólares estadounidenses en concepto de transferencias familiares o remesas desde el exterior. Esta cantidad refleja una contracción interanual del 1,7 %, prolongando así una secuencia de siete meses consecutivos con caídas respecto al mismo lapso del año previo. Analistas conversaron sobre este fenómeno.

A pesar de que el volumen monetario recibido en octubre supera el registrado en septiembre —cuando se reportaron 5.216 millones de dólares—, el país aún no logra recuperar los niveles observados en el mismo mes del año anterior.

Hace poco, una evaluación elaborada por BBVA, entidad financiera con amplia presencia dentro del mercado mexicano, anticipó que, para el año 2026, es probable que “los flujos de transferencias hacia México sigan mostrando una dinámica a la baja”.

Pese a ello, la entidad prevé que este rubro “se mantendrá como un pilar fundamental para la estabilidad económica de millones de familias en el país, con una proyección cercana a los 60.000 millones de dólares anuales”.

La entidad atribuye parte de esta contracción a la “estrategia migratoria restrictiva puesta en marcha por la administración encabezada por Donald Trump”, que ha limitado la incorporación de nuevos trabajadores provenientes de México en el sector productivo estadounidense.

Estadísticas oficiales también revelan una reducción en el número total de operaciones de envío hacia el país. Mientras que en octubre del 2024 se contabilizaron 14.792 millones de transacciones, en el mismo mes de este año la cifra descendió a 13.991 millones.

De acuerdo con registros gubernamentales, desde hace más de una década las transferencias familiares se han convertido en la fuente más relevante de divisas para la nación, superando incluso los ingresos derivados de la venta o exportación de crudo, productos agrícolas y la actividad turística. El ejercicio 2024 marcó un récord histórico, con un total de 64.746 millones de dólares recibidos bajo este esquema.

Ignacio Martínez Cortés, responsable del Laboratorio de Análisis en Comercio, Economía y Negociaciones —grupo de pensamiento adscrito a la Universidad Nacional Autónoma de México—, aseguró que el descenso actual en los envíos monetarios refleja directamente las políticas migratorias y tributarias aplicadas por la gestión estadounidense actual.

“La intensificación de las acciones contra la migración irregular lleva a quienes están en condición vulnerable a evitar desplazamientos innecesarios, incluso para acudir a sus empleos. Agencias como el ICE (Servicio de control de Inmigración y Aduanas) han incrementado su presencia en espacios como escuelas, templos, centros comerciales y lugares de trabajo, lo cual genera una percepción constante de riesgo y frena la participación laboral”, explicó.

El segundo elemento clave, según el especialista, es “la imposición de un gravamen específico a las transferencias originadas en territorio estadounidense”.

Martínez Cortés destacó que esta reducción impacta de manera inmediata en más de 13 millones de hogares mexicanos que dependen, total o parcialmente, de esos ingresos externos.

Su postura fue respaldada por José Luis Vásquez Costa, director del programa de Finanzas y profesor del área de Estudios Empresariales en la Universidad Iberoamericana, quien añadió que otro condicionante relevante ha sido la pérdida de valor del dólar frente al peso mexicano.

“Esta depreciación implica que, si el monto enviado en dólares se mantiene constante, su equivalente en moneda nacional se reduce. Esto erosiona el poder adquisitivo de los hogares receptores, disminuye la liquidez en la economía local y termina por frenar el consumo de bienes y servicios, pues las familias disponen de menos recursos reales para sus gastos cotidianos”, amplió.

Ambos especialistas coincidieron en que, si esta tendencia se mantiene, muchas personas podrían verse forzadas a recurrir a financiamiento bancario para cubrir sus necesidades cotidianas.

“Existen múltiples entidades que ofrecen productos de crédito accesibles. Ante la pérdida de ingresos regulares o la disminución de su poder adquisitivo, es probable que se incremente el uso de préstamos inmediatos. Esto podría traducirse, con el tiempo, en un mayor índice de morosidad en el sistema financiero, ya que los beneficiarios no contarían con los medios suficientes para cumplir con los compromisos adquiridos”, advirtió Vásquez Costa.

El académico subrayó que, dada la importancia de estos flujos como principal fuente de divisas y su llegada directa a los hogares, no existe —al menos en el corto plazo— ningún sector capaz de compensar plenamente su eventual ausencia.

“No identifico una alternativa realista para llenar ese vacío. Gran parte de la población depende exclusivamente de lo que reciben desde el vecino del norte, en intervalos mensuales, quincenales o bimensuales. La interrupción o disminución sostenida de ese apoyo económico generará consecuencias profundas en la base del sistema productivo y social”, señaló.

Para Martínez Cortés, esta contracción prolongada de remesas podría derivar en “una espiral de riesgo para la económica nacional”, en un contexto donde ya se anticipan desafíos significativos para el crecimiento del PIB.